

marineros llevaban el pelo corto, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el Comandante del buque, D. Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. Por lo poco que oí, no me quedó duda de que el General francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y antes de que amaneciera, ya estaba yo en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias; el pesado molinete, girando con agudo chirrido, arrancaba el áncora ponderosa del fondo de la bahía. Subían los marineros á las vergas; manejaban otros las brazas, prontos á la voz del contra maestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con algarabía espantosa. Los pitos, la campana de proa, el discordante concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motones; el crujido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sonos acompañaron los primeros pasos de la colosal nave.

Olas suaves acariciaban sus costados, y la mole majestuosa comenzó á deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria del paisaje y de los buques mercantes anclados.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor, y ¡qué espectáculo, Virgen del Carmen!, treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y á nuestro costa-

do, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la magnífica rada; un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas por Oriente; en el cielo limpio apenas se veían por Levante algunas nubes rojas y doradas; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha, formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos los bajeles con igual paso. La lentitud de su marcha, la altura de su aparejo cubierto de lona, no sé qué vaga armonía que mis oídos de niño percibían como saliendo de los gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro mí; la claridad del día, la frescura del ambiente, el rizado del mar, que fuera de la bahía se agitaba con risueño alborozo á la aproximación de la flota, formaban un cuadro de sublime belleza.

Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba á nuestra vista presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de los mil miradores, salpicaba la ciudad con polvos de oro, y la blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía creada en aquel momento.

Á mis oídos llegaba el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando á misa con algazara parlara. Ya expresaban alegría, como un saludo de buen viaje, y escuchábamos el rumor cual si fuese de humanas voces que nos daban la despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas anunciándonos una desgracia, y á medida que nos alejábamos, aquella música se iba extinguendo en el inmenso espacio.

La escuadra salió lentamente: algunos barcos em-

plearon horas en hallarse fuera. El cielo se enturbió por la tarde, y al anochecer, hallándonos ya á gran distancia, vimos á Cádiz perderse poco á poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

Por la noche, una vez que dejé á mi amo muy bien arrellanado en su camarote, fuí en busca de *Mediohombre*, que á sus colegas y admiradores explicaba el plan de Villeneuve del modo siguiente:

«*Musiú Corneta* ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos: la vanguardia, que es mandada por Álava, con siete navíos; el centro, que lleva siete y lo manda *Musiú Corneta* en persona; la retaguardia también de siete, que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva, compuesto de doce navíos, que manda don Federico Gravina. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto, que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre. En fin, Dios y la Virgen del Carmen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén.»

## VI

Al amanecer del 20 el viento soplaba con fuerza, y los navíos estaban muy distantes unos de otros. Calmado el viento poco después de mediodía, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas: vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos de reserva. La escuadra navegaba hacia el Estrecho con viento Sudoeste; por la noche fueron señaladas algunas luces, y al amanecer del 21 vimos veintisiete navíos por barlovento; á eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban á

la vista formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y según las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

Tal era la situación de los contendientes, cuando el *Bucentauro* hizo señal de virar en redondo. Las proas miraron al Norte, y esta táctica, cuyo objeto era tener á Cádiz bajo el viento, para arribar á él en caso de desgracia, fué muy criticado á bordo del *Trinidad*.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según oí decir, quedó á la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión. Observando las maniobras de los barcos más cercanos, *Mediohombre* decía:

«La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el *Señorito* la corta, adiós mi bandera: perderíamos hasta el modo de comer, *manque* los pelos se nos hicieran cañones. *Camarás*, nos van á dar julepe por el centro. ¿Cómo pueden venir á ayudarnos el *Nepomuceno* y el *Bahama*, que están á la cola, ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están á la cabeza? Además, estamos á sota-vento, y los *casacones* pueden atacarnos por donde les dé la gana... Dios nos saque en bien, y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.»

El sol avanzaba hacia el cenit, y el enemigo estaba ya encima. Se me olvidó mencionar una operación preliminar, en la cual tomé parte. Después del zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo á maniobras, oí que dijeron:

«La arena, extender la arena.»

Marcial me tiró de la oreja, y llevándome á una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marineros.

llos de leva, grumetes y gente de poco más ó menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega nos colocamos escalonados, y de este modo íbamos sacando los sacos de arena, que algunos marineros vaciaron sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado.

«Es para la sangre» — me contestó con indiferencia. — ¡Para la sangre! — repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza, ó en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traía á su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood.

Ved aquí, amados niños, el planito que he trazado para daros á conocer la formación de la escuadra hispano-francesa en el momento de ser atacada por la inglesa. Poco más ó menos así era:

	Neptuno. E. ....	} VANGUARDIA
	Scipion. F. ....	
	Rayo. E. ....	
	Formidable. F. ....	
	— Duguay. F. ....	
	Mont-Blanc. F. ....	
	Asís. E. ....	
PRIMER CUERPO	Agustín. E. ....	} CENTRO
MANDADO POR NELSON	Herós. F. ....	
	Trinidad. E. ....	
<i>Victory.</i>	Bucentauro. F. ....	
→	— Neptune. F. ....	
	Redoutable. F. ....	
	Intrépide. F. ....	
SEGUNDO CUERPO	— Leandro. E. ....	} RETAGUARDIA
MANDADO POR COLLINGWOOD	— Justo. E. ....	
<i>Royal Sovereign.</i>	— Indomptable. F. ....	
→	Santa Ana. E. ....	
	Fougueux. F. ....	
	Monarca. E. ....	
	Plutón. F. ....	
	Bahama. E. ....	} RESERVA
	— Aigle. F. ....	
	Montañés. E. ....	
	Algeciras. E. ....	
	Argonauta. E. ....	
	Swift-Sure. F. ....	
	— Argonaute. F. ....	
	Ildefonso. E. ....	
	— Achilles. F. ....	
	Príncipe de Asturias. E. ....	
	Berwich. F. ....	
	Nepomuceno. E. ....	

Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba... De repente, nuestro Comandante dió una

orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los mtones, trapearon las gavias.

«¡En facha, en facha! — exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento. — Ese condenado se nos quiere meter por la popa.»

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía venir dispuesto á cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda la desenvoltura propia de los marineros familiarizados, como *Mediohombre*, con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban á los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios.

Á pesar de mis pocos años, hallábame en disposición de comprender la gravedad del suceso. Por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y me admiraba de verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibi con claridad meridiana la idea de Patria, y mi corazón respondió á ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Anteriormente, la Patria se me representaba en las personas que regían la Nación, tales como el Rey y su célebre Ministro, á quienes no consideraba yo con igual respeto.

Pero en el momento que precedió al combate com-

prendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la obscuridad un hermoso paisaje. Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad compuesta de familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera; comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la Patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas y el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres y el huerto donde jugaban sus hijos; la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes; el puerto donde amarraban su embarcación, fatigada del largo viaje; el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, son como símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura é inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilir caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia ó con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tan-

to, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, á quienes consideraba asomados á una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, á quien dirigí una oración que no era Padrenuestro ni Avemaría, sino algo nuevo que á mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi éxtasis, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.

## VII

Un navío de la retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sovereign*, que mandaba Collingwood. Mientras el *Santa Ana* trababa combate con aquél, el *Victory* se dirigía contra nosotros. En el *Trinidad* todos demostraban gran ansiedad por comenzar el fuego; pero nuestro Comandante esperaba el momento más favorable.

El *Victory* atacó primero al *Redoubtable*, francés, y, rechazado por éste, vino á quedar frente á nuestro costado por barlovento. El momento terrible había llegado: cien voces dijeron ¡fuego!, repitiendo como un eco infernal la del Comandante, y la andanada lanzó cincuenta proyectiles sobre el navío inglés. Por un instante el humo me quitó la vista del enemigo. Pero éste, ciego de coraje, se venía sobre nosotros viento en popa. Al llegar á tiro de fusil, orzó y nos descargó su andanada. En el tiempo que medió de uno á otro dis-

paro, la tripulación, que había podido observar el daño hecho al enemigo, redobló su entusiasmo. Los cañones se servían con presteza, aunque no sin cierto entorpecimiento, por la poca práctica de algunos cabos de cañón.

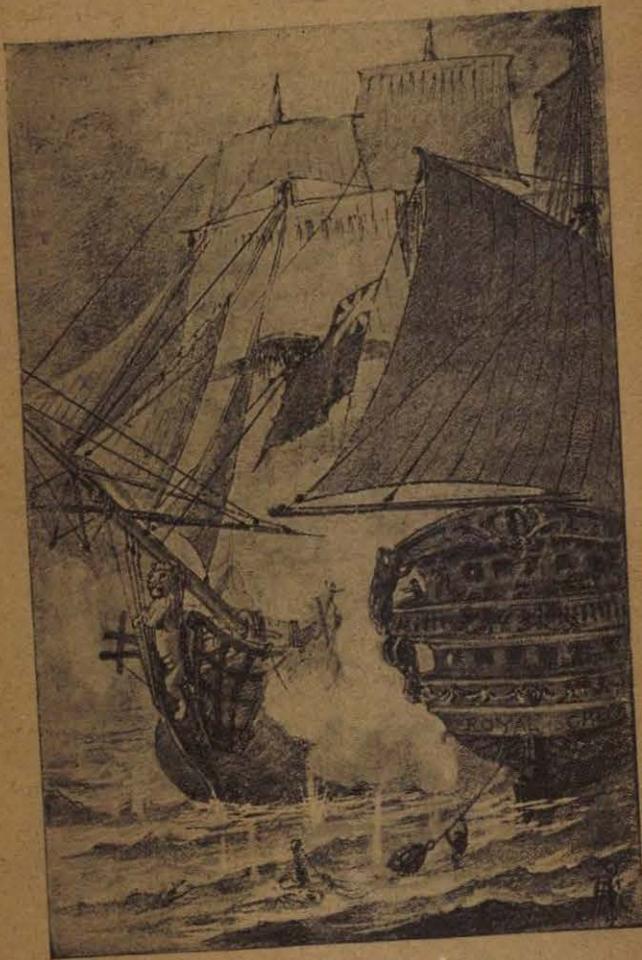
El *Bucentauro*, que estaba á nuestra popa, hacía fuego igualmente sobre el *Victory* y el *Temerary*, otro poderoso navío inglés. Parecía que el navío de Nelson iba á caer en nuestro poder, porque la artillería del *Trinidad* le había destrozado el aparejo, y vimos con orgullo que perdía su palo de mesana.

En el ardor de aquel primer encuentro, apenas advertí que algunos de nuestros marineros caían heridos ó muertos. Puesto en el lugar donde creía estorbar menos, yo no cesaba de contemplar al Comandante, que mandaba desde el alcázar con serenidad heroica, y me admiraba de ver á mi amo con menos calma, pero con más entusiasmo, alentando á oficiales y marineros.

«¡Ah! — dije para mí. — ¡Si te viera ahora D.<sup>a</sup> Francisca!»

Confesaré que yo tenía momentos de un miedo terrible, en que me hubiera escondido nada menos que en el mismo fondo de la bodega, y otros de cierto delirante arrojo, en que me arriesgaba á ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Pero, dejando á un lado mi humilde persona, voy á narrar el momento más terrible de nuestra lucha con el *Victory*. El *Trinidad* lo destrozaba con mucha fortuna, cuando el *Temerary*, ejecutando una habilísima maniobra, se interpuso entre los dos combatientes, salvando á su compañero de nuestras balas. En seguida se dirigió á cortar la línea por nuestra popa, y como el *Bucentauro*, durante el fuego, se había estrechado contra el *Trinidad* hasta el punto de tocarse los penoles, resultó un gran claro, por donde se precipitó el

*Temerary*, que viró prontamente, y, colocándose á nuestra aleta de babor, nos disparó por aquel costa-



do, hasta entonces ileso. Al mismo tiempo, el *Neptune*, otro poderoso navío inglés, colocóse donde antes estaba el *Victory*; éste se sotaventó; de modo que en un

momento el *Trinidad* se encontró rodeado de enemigos que le acribillaban por todos lados.

En el semblante de mi amo, en la sublime cólera de Uriarte, en los juramentos de los marineros amigos de Marcial, conocí que estábamos perdidos, y la idea de la derrota angustió mi alma. La línea de la escuadra combinada se hallaba rota por varios puntos, y al orden imperfecto con que se había formado después de la virada en redondo sucedió un terrible desorden. Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío, lo mismo que sobre el *Bucen-tauro*. El *Agustín*, el *Herós* y el *Leandro* se batían lejos de nosotros, en situación algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, cogidos en terrible escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban desesperadamente, no ya buscando una victoria imposible, sino una muerte honrosa.

No puedo recordar sin espanto aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos á las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, ó exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro en la agonía.

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno. Las maniobras habían sido abandonadas, porque el barco no se movía ni podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que hacían los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velamen, como si grandes é invisibles uñas lo hicieran trizas. Los pedazos de obra muerta, los trozos de madera, los gruesos obenques segados cual haces de espigas, los motones que caían, los trozos de velamen, los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañón enemigo llenaban la cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo ó al mar multitud de hombres llenos de vida; las blasfemias de los combatientes se mezclaban de tal modo á los lamentos de los heridos, que no era posible distinguir si insultaban á Dios los que morían, ó le llamaban con angustia los que luchaban.

Tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos á la enfermería. Algunos morían antes de llegar á ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar á los carpinteros, que á toda prisa aplicaban taponés á los agujeros hechos en el casco; pero por causa de mi poca fuerza no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y á pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allá, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mutilaban horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar á alguno, arrancada á cercén la cabeza, cuan-

do la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida.

De tal suerte combatida sin poder de ningún modo devolver iguales destrozos, la tripulación, aquella alma del buque, se sentía perecer, agonizaba con desesperado coraje, y el navío mismo, aquel cuerpo glorioso, retemblaba al golpe de las balas. Yo le sentía estremecerse en la terrible lucha; crujían sus cuadernas, estallaban sus baos, rechinaban sus puntales á manera de miembros que retuerce el dolor, y la cubierta trepidaba bajo mis pies con ruidosa palpitación, como si á todo el inmenso cuerpo del buque se comunicara la ira y los dolores de sus tripulantes.

El *Bucentauro*, navío General, se rindió á nuestra vista. Villeneuve había arriado bandera. Una vez entregado el Jefe de la escuadra, ¿qué esperanza quedaba á los demás? El pabellón francés desapareció de la popa de aquel gallardo navío, y cesaron sus fuegos. El *San Agustín* y el *Herós* se sostenían todavía, y el *Rayo* y el *Neptuno*, de la vanguardia, que habían venido en nuestro auxilio, intentaron en vano salvarnos de los navíos enemigos que nos asediaban. Yo pude observar la parte del combate más inmediata al *Santísima Trinidad*: del resto de la línea no era posible ver nada. El viento parecía haberse detenido, y el humo se quedaba sobre nuestras cabezas, envolviéndonos en espesa blancura que las miradas no podían penetrar.

Disipóse por un momento la densa penumbra; ¡pero de qué manera tan terrible! Detonación espantosa, más fuerte que la de los mil cañones de la escuadra disparando á un tiempo, paralizó á todos, produciendo general terror. Cuando el oído recibió tan fuerte sensación, claridad vivísima había iluminado el ancho espacio ocupado por las dos flotas, rasgando el velo de

humo, y presentóse á nuestros ojos todo el panorama del combate.

«Se ha volado un navío» — dijeron todos.

Las opiniones fueron diversas, y se dudaba si el buque volado era el *Santa Ana*, el *Argonauta*, el *Ildefonso* ó el *Bahama*. Después se supo que había sido el francés nombrado *Achilles*. La expansión de los gases desparramó por mar y cielo en pedazos mil todo lo que momentos antes fué un hermoso navío con setenta y cuatro cañones y seiscientos hombres de tripulación.

### VIII

Rendido el *Bucentauro*, todo el fuego enemigo se dirigió contra nuestro navío, cuya pérdida era ya segura. El entusiasmo de los primeros momentos se había apagado en mí, y mi corazón se llenó de un terror que me paralizaba, ahogando todas las funciones de mi espíritu, excepto la curiosidad. Ésta era tan irresistible, que me obligó á salir á los lugares de mayor riesgo. De poco servía ya mi escaso auxilio, pues ni aun se trasladaban los heridos á la enfermería, y las piezas exigían el servicio de cuantos conservaban un poco de fuerza. Entre éstos vi á Marcial, que se multiplicaba gritando y moviéndose conforme á su poca agilidad. Un astillazo le había herido en la cabeza, y la sangre, tiñéndole la cara, le daba horrible aspecto. Yo le vi agitar sus labios bebiendo aquel líquido, y luego lo escupía con furia fuera del portalón, como si también quisiera herir á salivazos á nuestros enemigos.

Lo que más me asombraba, causándome cierto espanto, era que Marcial, aun en aquella escena de desolación, profería frases de buen humor, no sé si por

alentar á sus decaídos compañeros, ó porque de este modo á sí mismo se alentaba.

Cayó con estruendo el palo de trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo, y Marcial dijo :

«Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.»

Al punto se cortaron los cabos, y el mástil cayó al mar.

Alcé la vista al alcázar, y vi que el General Cisneros había caído herido. Precipitadamente le bajaron dos marineros á la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba sangre. Corrí hacia él para socorrerle, y antes que yo llegara, un oficial se le acercó, intentando convencerle de que debía bajar á la cámara. No había éste pronunciado dos palabras, cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza, y su sangre salpicó mi rostro. Entonces D. Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo.

Cuando bajó mi amo, el Comandante quedó solo en el puente. La cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, el gesto enérgico, permanecía en su puesto dirigiendo aquella acción desesperada que no podía ganarse ya. Tan horroroso desastre había de efectuarse con orden, y el Comandante era la autoridad que reglamentaba el heroísmo.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió á tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto á los pies de su jefe; otro guardia marina que estaba á su lado cayó también mal herido, y Uriarte quedó al fin solo en el puente, cubierto de muertos y heridos. Ni aun entonces se apartó su vista de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla, donde agonizaban sus amigos y subalternos, no conmovió su pecho varo-

nil, ni quebrantó su enérgica resolución de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah! Recordando yo después la serenidad y estoicismo de D. Francisco Javier Uriarte, he podido comprender todo lo que nos cuentan de los gloriosos capitanes de la antigüedad.

Entretanto, gran parte de los cañones había cesado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me hubiera fijado en esta circunstancia si, al salir de la cámara impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo: «¡Gabrieluco, aquí!»

Marcial me llamaba: acudí prontamente, y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que habían quedado sin gente. Una bala había llevado á *Mediohombre* la punta de su pierna de palo, lo cual le hacía decir:

«¡Si llevo á traer la de carne y hueso...!»

Dos marinos muertos yacían á su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

«Compadre — le dijo Marcial, — ya tú no puedes ni encender una colilla.»

Arrancó el botafuego de manos del herido, y me lo entregó, diciendo:

«Toma, Gabrielillo; si tienes miedo, vas al agua.»

Esto diciendo, cargó el cañón con toda la prisa que le fué posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; lo cebaron y apuntaron; ambos exclamaron «fuego»; acerqué la mecha, y el cañón disparó.

Se repitió la operación por segunda y tercera vez, y el ruido del cañón disparado por mí retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme, no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia, disipó por un instante el miedo, y me sentí con grandes bríos, al menos con la firme resolución de

aparentarlos. Desde entonces conocí que el heroísmo es casi siempre una forma del pundonor.

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba á rendirse después del esfuerzo, respiró con ansia, se secó la sangre que afluía en abundancia de su cabeza, cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

«No puedo más: se me sube la pólvora á la toldilla (la cabeza). Gabriel, tráeme agua.»

Corrí á buscar el agua, y cuando se la traje, bebió con ansia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas: íbamos á seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fogonadura, cayó, y tras él el de mesana.

Felizmente quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entonces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué á Marcial, no le hallé, y habiendo fijado mis ojos en el puente, noté que el Comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, había caído exánime, y al punto dos marineros subieron para trasladarle á la cámara. Corrí también allá, y entonces un casco de metralla me hirió levemente en el hombro... Bajé á la cámara, donde por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilité, quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo, seguí oyendo el estrépito de los cañones de la segunda y tercera batería, y después una voz que gritaba con furia:

«¡Abordaje!... ¡las picas!... ¡las hachas!»